



### SOBRE LAS PASIONES

Al hablar de pasiones no hay que olvidar que por la huella del pecado original han quedado desequilibradas y que por tanto los educandos se ven seriamente afectados por ellas.

La persona humana se ordena a la bienaventuranza por medio de sus actos deliberados: las pasiones o sentimientos que experimenta pueden disponerla y contribuir a ello.

#### ¿Qué son las pasiones?

El término "pasiones" pertenece al patrimonio del pensamiento cristiano. Los sentimientos o pasiones designan las **emociones o impulsos de la sensibilidad que inclinan a obrar o a no obrar en razón de lo que es sentido o imaginado como bueno o como malo**. Son componentes naturales del psiquismo humano, constituyen el lugar de paso y aseguran el vínculo entre la vida sensible y la vida del espíritu.

Nuestro Señor señala al corazón del hombre como la fuente de donde brota el movimiento de las pasiones.

**Son fuerzas, tendencias o movimientos impetuosos de nuestras facultades o potencias sensitivas o intelectivas acompañado de una conmoción refleja más o menos fuerte en el organismo.** Tendencias **sensitivas**, (a alimentarse, al descanso, a la propia conservación, a la reproducción)... Tendencias **espirituales o intelectivas**: a la verdad, a la belleza, a la afirmación de sí.

Se diferencian de los sentimientos, los cuales son movimientos de la voluntad que suponen, por consiguiente, un conocimiento intelectual, y que aun siendo muy fuertes, no tienen la violencia de las pasiones. Por eso hay un amor-pasión y un amor-sentimiento.

La pasión es una tendencia que se desarrolla de modo superior al normal. Esto puede ocurrir tanto con las tendencias intelectivas, como en las sensitivas (Las pasiones de naturaleza sensible son, por ejemplo: la tendencia a alimentarse, al descanso, a la propia conservación, a la reproducción, etc.; y de naturaleza espiritual: la tendencia a la verdad, a la belleza, a la afirmación de sí...). Las pasiones no son, de por sí, negativas. Simplemente son fuerzas de mayor o menor intensidad.

#### ¿Cuántas pasiones hay?

Las pasiones humanas son un misterio (también en y para los niños). Los que se dejan llevar por ellas no pueden explicárselas, y los que no las han vivido no pueden comprenderlas.

Hay hombres que se juegan la vida para subir a una montaña. Nadie, ni siquiera ellos pueden explicar realmente por qué.

Otros se arruinan para conquistar el corazón de una persona que no quiere saber nada de ellos. Otros se destruyen a sí mismos por no saber resistir los placeres de la mesa... o de la botella.

Algunos pierden cuanto tienen para ganar en el juego de azar, o lo sacrifican todo a una idea fija que jamás podrá realizarse.

Unos cuantos creen que sólo serán felices en un lugar distinto, y recorren el mundo durante toda su vida. Y unos pocos no descansan hasta no ser poderosos. En resumen: hay tantas pasiones distintas como hombres distintos hay.

Las pasiones son numerosas. La más fundamental es el amor que la atracción del bien despierta. El amor causa el deseo del bien ausente y la esperanza de obtenerlo. Este movimiento culmina en el placer y el gozo del bien poseído.

La aprehensión del mal causa el odio, la aversión y el temor ante el mal que puede sobrevenir. Este movimiento culmina en la tristeza a causa del mal presente o en la ira que se opone a él.

### LA AVARICIA (Francisco 24.1.24)

La *avaricia*, es aquella forma de apego al dinero que impide al ser humano ser generoso.

No es un pecado que concierne solamente a las personas que poseen ingentes patrimonios, sino un vicio transversal que a menudo no tiene nada que ver con el saldo de la cuenta corriente. Es una enfermedad del corazón, no de la cartera.

Los análisis que hicieron los padres del desierto sobre este mal sacaron a la luz que la avaricia podía apoderarse también de los monjes, quienes, tras haber renunciado a enormes herencias, en la soledad de su celda se habían atado a objetos de poco valor: no los prestaban, no los compartían y aún menos estaban dispuestos a

regalarlos. Un apego a pequeñas cosas que quita la libertad. Esos objetos se volvían para ellos una especie de fetiche del que era imposible desprenderse. Una forma de regresión a la fase de los niños que agarran un juguete repitiendo: "¡Es mío! ¡Es mío!". En esta afirmación se esconde una relación enfermiza con la realidad, que puede desembocar en formas de acaparamiento compulsivo o acumulación patológica.

Para recuperarse de esta enfermedad, los monjes proponían un método drástico pero muy eficaz: la meditación sobre la muerte. Por mucho que una persona acumule bienes en este mundo, de una cosa estamos absolutamente seguros: de que no cabrán en el ataúd. Nosotros no podemos llevarnos los bienes. Aquí se revela la insensatez de este vicio. El vínculo de posesión que construimos con las cosas es sólo aparente, porque no somos los amos del mundo: esta tierra que amamos no es en verdad nuestra, y nos movemos por ella como extranjeros y peregrinos...". (cfr. *Lv* 25,23).

Estas simples consideraciones nos hacen intuir la locura de la avaricia, pero también, su razón más recóndita. Es un tentativo de exorcizar el miedo a la muerte: busca seguridades que en realidad se desmoronan en el mismo momento en el que las agarramos. Recordemos la parábola del hombre necio, cuyo campo había ofrecido una cosecha abundante, y por eso se adormece pensando en cómo agrandar sus almacenes para meter toda la cosecha. Ese hombre había calculado todo, había planeado el futuro. Sin embargo, no había considerado la variable más segura de la vida: la muerte. "Necio", dice el Evangelio, "esta misma noche te será demandada tu vida. Y las cosas que preparaste ¿para quién serán?" (*Lc* 12,20).

En otros casos, son los ladrones quienes nos prestan este servicio. Incluso en los Evangelios aparecen muchas veces, y aunque sus acciones son censurables, pueden convertirse en una advertencia saludable. Así predica Jesús en el Sermón de la montaña: «No acumuléis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los consumen, y los ladrones perforan las paredes y los roban.» (*Mt* 6,19-20). Siempre en los relatos de los padres del desierto, se cuenta la historia de un ladrón que sorprende al monje mientras duerme y le roba los pocos bienes que guardaba en su celda. Cuando despierta, el monje, nada turbado por el incidente, se pone tras la pista del ladrón y, cuando lo encuentra, en lugar de reclamar los bienes robados le entrega las pocas cosas que le quedan diciéndole: "¡Te olvidaste de llevarte esto!".

Nosotros podemos ser señores de los bienes que poseemos, pero a menudo ocurre lo contrario: al final, ellos nos poseen. Algunos hombres ricos no son libres, ni siquiera tienen tiempo para descansar, tienen que cubrirse las espaldas porque la acumulación



Orgullo, Envidia, Avaricia, éstas son las chispas que han prendido el fuego en el corazón de los hombres

(Dante Alighieri)

de bienes exige también su custodia. Están siempre angustiados, porque un patrimonio se construye con mucho sudor, pero puede desaparecer en un momento. Olvidan la predicación evangélica, que no afirma que las riquezas sean en sí mismas un pecado, pero sí que son ciertamente una responsabilidad. Dios no es pobre: es el Señor de todo, pero - escribe San Pablo- «siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza» (2 Cor 8,9).

Eso es lo que el avaro no comprende. Podría haber sido causa de bendición para muchos, pero en lugar de eso, se metió en el callejón sin salida de la infelicidad. Y la vida del avaro es fea (...) Seamos generosos con todos y generosos con los que más nos necesitan.

Contra la avaricia, generosidad. Y el arte de usar el dinero con sabiduría y prudencia. **Cuatro reglas** nos ayudan, nos ponen en guardia y advierten del riesgo de avaricia:

1ª No vale cualquier forma de adquirir el dinero. Nunca adquirirlo injustamente (contra la ley, el decálogo o robo).

2ª No tenemos de nada una propiedad absoluta. El avaro, incluso con lo adquirido honestamente, piensa que le pertenece absolutamente y que no está obligado a dar nada a nadie, ni siquiera de lo superfluo.

3ª Tener el dinero como único afecto del alma. El trabajador busca ganar dinero; el avaro lo hace de tal modo que, más allá de las ganancias, pierde interés por otros valores.

4ª Templanza en el tener: lo necesario para mi nivel de vida. La virtud de la pobreza la pide el Señor a todos: buscar el bienestar que conviene al propio estado de vida, sin exagerar. El avaro pone demasiada confianza en el dinero, se olvida de Dios, se hacen duros con el prójimo... sufre su misma vida. Fuera del dinero no tiene otro interés, ni cultural, ni lúdico, ni relacional. Custodia su tesoro en la tierra y no en cielo (cf Mt 6, 19ss).

### LA IRA (Francisco 31.1.24)

La ira es un vicio particularmente tenebroso, y es quizás el más simple de reconocer desde un punto de vista físico. La persona dominada por la ira difícilmente logra disimular este ímpetu: lo reconoces por los movimientos del cuerpo, por la agresividad, por la respiración agitada, por la mirada torva y ceñuda<sup>1</sup>.

En su manifestación más aguda, la ira es un vicio que no da tregua. Si nace de una injusticia padecida (o considerada como tal), a menudo no se desata contra el culpable, sino contra el primer desafortunado con el que uno se encuentra. Hay hombres que contienen su ira en el lugar de trabajo, mostrándose tranquilos y compasivos, pero que una vez llegados a su casa se vuelven insoportables para la esposa y los hijos. La ira es un **vicio desenfrenado**: es capaz de quitarnos el sueño y de hacernos maquinari continuamente en nuestra mente, sin que logremos encontrar una barrera para los razonamientos y pensamientos.

La ira es un vicio que **destruye las relaciones humanas**. Expresa la incapacidad de aceptar la diversidad del otro, especialmente cuando sus opciones vitales difieren de las nuestras. No se detiene ante los malos comportamientos de una persona, sino que lo arroja todo al caldero: es el otro, el otro tal y como es, el otro en cuanto tal, el que provoca la ira y el resentimiento. Se empieza a detestar el tono de su voz, sus banales gestos cotidianos, sus formas de razonar y de sentir.

<sup>1</sup> La cólera empieza con el sentimiento hacia lo que -en la realidad o la imaginación- se presenta como un obstáculo en nuestro camino. Nos entran de pronto las ganas de hacerlo desaparecer. Se nos ocurre una idea de cómo hacerlo. Nace así la ira que puede ser justa e injusta.

<sup>2</sup> S. Pablo tenía un temperamento explosivo. Tuvo que luchar en este terreno. No es extraño que él mismo estableciese con esta frase un tiempo prudente para calmarse, antes del anochecer.

Cuando la relación alcanza este nivel de degeneración, ya se ha perdido la lucidez. La ira **hace perder la lucidez**. Porque, a veces, una de las características de la ira, es la de no calmarse con el tiempo. En esos casos, incluso la distancia y el silencio, en lugar de calmar el peso de los malentendidos, lo magnifican. Por ese motivo, el apóstol Pablo recomienda a sus cristianos que aborden inmediatamente el problema e intenten la reconciliación: «No permitáis que la noche os sorprenda enojados» (Ef 4, 26)<sup>2</sup>.

Es importante que todo se resuelva inmediatamente, antes de la puesta del sol. Si durante el día surge algún malentendido y dos personas dejan de entenderse, percibiéndose de pronto alejadas, no hay que entregar la noche al diablo. El vicio nos mantendría despiertos en la oscuridad, rumiando nuestras razones y los errores incalificables que nunca son nuestros y siempre del otro. Así es: cuando una persona está dominada por la ira, siempre dice que el problema está en la otra persona; nunca es capaz de reconocer sus propios defectos, sus propias faltas (...)

Sobre el tema de la ira, hay que decir una última cosa (...) No todo lo que nace de la ira es malo (...) Existe un movimiento interior que no es propiamente ira, sino una santa indignación<sup>3</sup>. Jesús la conoció varias veces en su vida (cfr. Mc 3,5): nunca respondió al mal con el mal, pero en su alma experimentó este sentimiento y, en el caso de los mercaderes en el Templo, realizó una acción fuerte y profética, dictada no por la ira, sino por el celo por la casa del Señor (cfr. Mt 21, 12-13). Debemos distinguir bien: una cosa es el celo, la santa indignación, otra cosa es la ira, que es mala.

Nos corresponde a nosotros, con la ayuda del Espíritu Santo, encontrar la justa medida de las pasiones, educarlas bien para que se dirijan hacia el bien, y no hacia el mal.

Existe, por tanto, una **ira justa** y una **ira injusta**:

- **La ira justa**. El único obstáculo verdadero del bien es el mal. Podemos y debemos encender nuestra ira contra el mal. Pero debe ser un mal real y no imaginario. En el sentido pleno de la palabra sólo debeos airarnos contra el pecado, contra el diablo, contra los malos pensamientos. Cuando se trata de las personas, la ira es justa sólo cuando conduce al bien, al vencimiento del mal y, por tanto, va en beneficio del prójimo y no en perjuicio.

En todo caso, la ira debe ser mesurada, controlada, moderada.

- **La ira injusta**. Del sentimiento de disgusto nace a menudo el odio y la sed de venganza. Nos complace la desgracia del otro, lo humillamos con nuestras palabras y lo denigramos delante de los demás. Más a menudo la ira se manifiesta con la explosión de sentimientos que son más fuertes que el sano juicio. Un hombre así es un loco, un "epiléptico voluntario" (San Juan Clímaco). No se le puede hablar hasta que el impulso de la ira no se le ha acabado. Algunos buenos consejos: respirar profundamente, contar hasta diez, partir leña (pero no sobre la cabeza del otro), etc.

### Remedios contra la ira:

En los Padres del desierto se dice que a una persona con fuerte tendencia a la ira se le cura haciéndole repetir este tipo de oración: "Te doy gracias, Señor, por no necesitarte, porque la justicia me la procuro por mí mismo". Y S. Doroteo compara al airado con un perro que muerde un hueso y, en su ceguera, no ve al hombre que se lo ha arrojado. Por tanto, es necesario tratar de razonar.

La ira se cura definitivamente con las virtudes contrarias: serenidad, paciencia, la fe en la Providencia.

<sup>3</sup> El P. Pío respondió airado a un profesor que le enseñaba unos libros científicos como la obra de su vida: "¡Esto es la obra de su vida, esto es la obra de su vida!"... y los tiró al suelo. El hombre reaccionó convirtiéndose a Dios.